

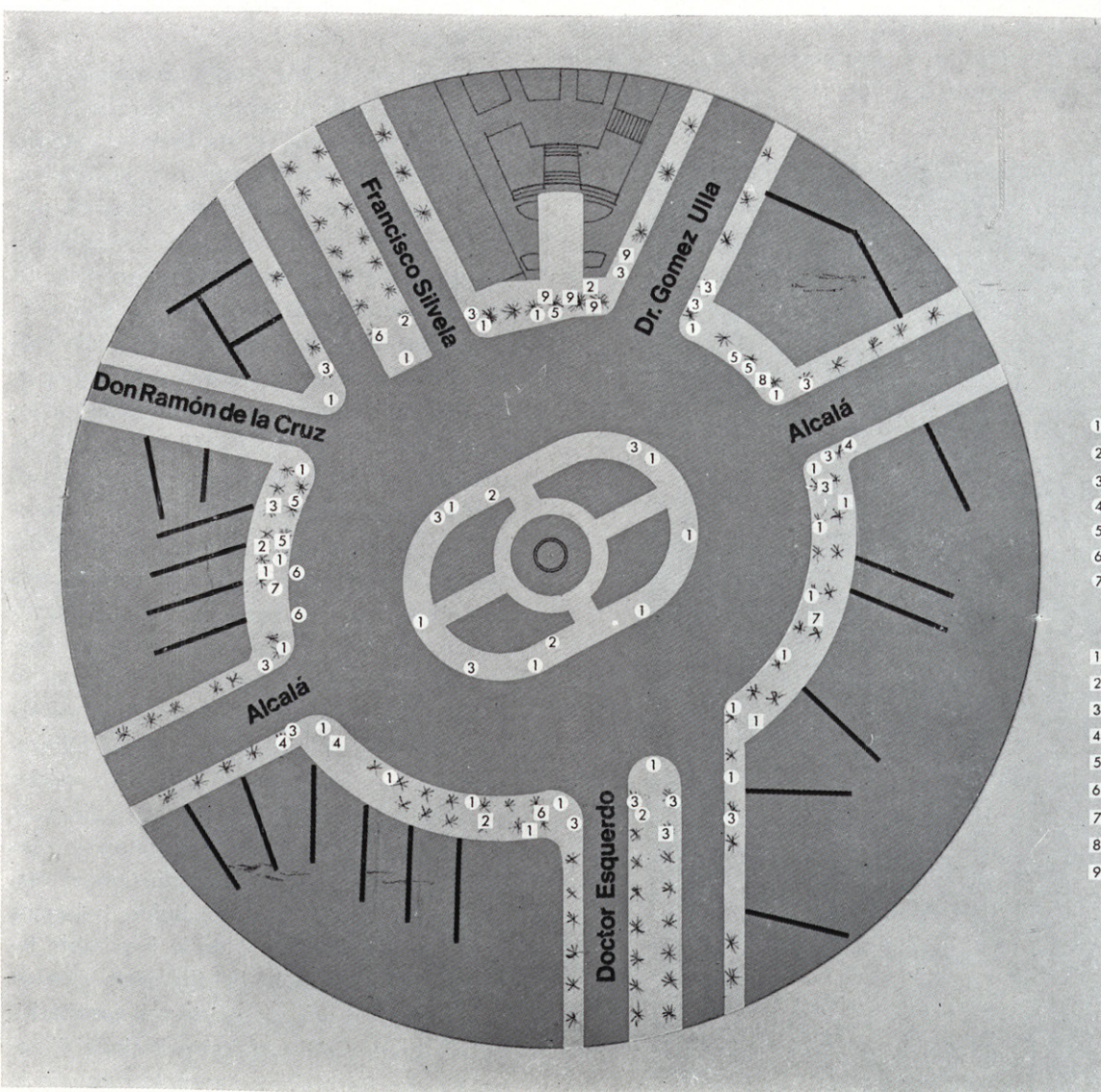
¿Cómo se llama la plaza madrileña que me va a servir hoy de base para mi comentario? En el Nomenclátor Oficial de la Villa figura con el siguiente nombre: plaza de Roma. Si me lo preguntasen a mí respondería sin vacilar: plaza de Manuel Becerra. Sin duda, por razón de los muchos años en que la he conocido por lo que podríamos llamar su "nombre de pila", yo la sigo conociendo por él. Igual que me ha sucedido en otros casos análogos, con otras vías madrileñas cuyo cambio se efectuó hace ya muchos años. Tras un período de transición, llegaré a acostumbrarme con Roma, y olvidaré para siempre a don Manuel.

Vamos a generalizar, partiendo de Ma-

nuel Becerra. El cambio del nombre por el que se conoce una vía o plaza proviene por la caída en desgracia o pérdida de popularidad del personaje en otros tiempos famoso, unido a la necesidad municipal de ofrecer un, como veremos menguado, homenaje a una nueva personalidad muy actual. El factor que pone en marcha todo el proceso es este último.

Resulta que visita Madrid una personalidad del Gobierno italiano; o que el Ayuntamiento de Roma decide dedicar una calle a Madrid en la capital del Tíber; o cualquier otro motivo que, aparentemente, no tiene ninguna relación con don Manuel; y el Ayuntamiento de Madrid se cree en la obliga-

ción de dedicar una plaza a la ciudad de Roma. Como si Madrid, en su crecimiento, no propiciase el bautizo de nuevas vías, el Municipio busca en la ciudad un elemento urbano de categoría para cambiarle el nombre. Sucede entonces—lo que no deja de ser curioso—que las personas en su día importantes son las que están más expuestas a su desaparición del nomenclátor de la ciudad. Porque, me digo yo, alguien debió de ser Manuel Becerra para que un día se le dedicase en Madrid, y perdón por la llaneza de la frase, este pedazo de plaza. Es natural, a Roma hay que dedicarle una plaza de postín y se debe sostener por alguien la teoría de que nada importante se



Plaza de Manuel Becerra

postes y señales

- 1 POSTE LUZ
- 2 POSTE METALICO LINEA ALTA TENSION
- 3 SEMAFORO
- 4 POSTE MADERA LINEA
- 5 PARADA AUTOBUS
- 6 PARADA TAXIS
- 7 TELEFONO TAXIS

puestos y quioscos

- 1 CHUCHERIA
- 2 PERIODICOS
- 3 HELADOS
- 4 TELEFONO
- 5 AUTOBUSES
- 6 FRESAS
- 7 TABACOS
- 8 CIEGOS
- 9 FLORES

hace hoy en día en Madrid que pueda llevar el nombre de la capital italiana sin menoscabo de ésta. Se le buscan las vueltas a Manuel Becerra, por ejemplo, igual que se le buscaron en su día a Lista, y desaparecen dos nombres clásicos del callejero de Madrid, para dar paso a Ortega y Gasset y a Roma. Por el contrario no corren ningún peligro Antoñita Jiménez y Antoñita Usera, personalidades sin duda más modestas, que continúan dando su nombre a dos calles madrileñas.

En realidad Manuel Becerra, igual que Lista, habían desaparecido hacía muchos años, ya que si la calle o plaza tiene mucha importancia en la ciudad, llega a ocultar al personaje y su nombre pasa a ser un "nombre de calle". Me explico. Aquí, en Madrid, si por casualidad oímos la palabra Velázquez, en seguida pensamos en lo mal que se aparca en su bulevar central, en que su primer tramo es Zona Azul, etc. No viene a nuestra mente ni el cuadro de *Las Meninas* ni el paisaje de la Casa de Campo. Velázquez, para nosotros, ya no es un pintor, sino una calle. Esto supongo sucederá igual en Barcelona con Balma, en Valencia con Cirilo Amorós, en San Sebastián con Oquendo,

etc. Yo, en mi cerebro, tenía adjudicado al nombre de Manuel Becerra una plaza de Madrid. No sé quién era este señor, aunque ya he dicho que presumo que fue importante. Una plaza de Madrid, de forma elíptica, con un obelisco muy bello en el centro y que se encuentra en el cruce de las Rondas del Plan Castro con la calle de Alcalá. ¿Cuánto tardaré en adjudicar el nombre de Roma a la plaza, teniendo en cuenta que a mí, aparte de la capital de Italia, me recuerda a cierto bar madrileño, donde he tomado algún que otro "cubalibre"? Lo ignoro. Por ello, con permiso, y siguiendo el ejemplo del Metro, que mantiene el nombre antiguo para la estación de la plaza, no creo que pueda considerarse como una desatención hacia la capital de Italia el referirme a la plaza de Manuel Becerra; nombre, en este caso nombre y apellido, que le cuadraba muy bien, si lo relacionamos con otra plaza, la de los Toros, y pensamos en el escaso trapío que, según dicen, presentan las reses que hoy se lidian. Ya sabemos que el tamaño de los toros es, cada temporada, más reducido, desde los elefantes que estoqueaba Frascuelo, hasta las cabras que hoy mata el Cordobés, ca-

mino de las cucarachas que lidiará el torero mandón del año 2000, suponiendo que para entonces haya toros, toreros e incluso cucarachas, que habría que verlo.

Los frecuentes cambios de los nombres de las vías urbanas demuestra lo efímeras que resultan las glorias humanas y lo ridículas que en muchos casos son las actividades municipales, en todas las épocas y latitudes, pretendiendo honrar a sus contemporáneos considerados ilustres, de forma tan poco segura, respetada e inestable. Pero volvamos a la plaza de Manuel Becerra.

Decíamos, y lo repetimos, que es de planta elíptica y que se encuentra en el cruce de las Rondas del Plan Castro con la calle de Alcalá. Esta calle, que viene desde la Puerta del Sol, ha cruzado el Arroyo de la Castellana y se dispone aquí a hacer lo propio con el del Abroñigal. La elipse tiene sus dos ejes de longitud muy parecida—160 metros el mayor y 135 metros el menor—, por lo que la plaza aparenta ser circular. En su centro una bandeja arbolada, también de planta elíptica, acoge al Obelisco del que hablamos.

Vamos a dar una vuelta completa a la plaza, siguiendo el sentido contrario al de las agujas del reloj, e iniciando el periplo en la calle de Alcalá, como si viniéramos de la Puerta del Sol. Nos encontramos primero con una manzana que es ejemplar en cuanto a mala composición urbanística. La casa de la esquina tiene de fachada a la plaza una longitud inferior a los cinco metros y es de altura superior a su colindante. El cine de la otra esquina es de altura inferior, para variar, a su edificio vecino. Resulta así un caótico escalonado sin orden ni concierto, que se recorta en el cielo madrileño y contra el que nada puede sus encomiados atardeceres. Cruzamos, cuando nos dejen los coches y camiones, y nos encontramos con otra manzana bastante extraña, partida por gala en dos por el acceso a un garaje y una tienda de flores. Entre Alcalá y Gómez Ulla se encuentra la única edificación, a nuestro modesto juicio, de mérito de la plaza. Es la proa de una serie de casas de viviendas de correcta arquitectura, en las que se ha empleado con profusión el madrileñísimo balcón y se ha huído, sabemos que premeditadamente, de la inevitable terraza y del obligado ladrillo visto que se prodiga en las nuevas construcciones madrileñas. Es obra del arquitecto Enrique Simonet Castro. Después nos encontramos con la



manzana formada por el acceso al parque y la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Covadonga. Verdaderamente, hay una gran variedad y son muy singulares todas las fachadas de las manzanas de esta plaza. Esta es de una feroz asimetría, en cuanto al contraste de la zona libre y arbolada del parque y la parte ciega de la fachada de la iglesia. Nos parece que está muy mal resuelta la unión de esta última con la verja que sirve de cerramiento al parque. La iglesia carece de atrio y las puertas del templo se abren directamente a la frecuentada acera, donde, además, se encuentran varios puestos de flores en desordenada situación. Podría retanquearse la verja del parque hasta las escaleras, creando un remanso con superficie suficiente para situar en él, ordenadamente, los puestos de flores, a la vez que se daba la posibilidad a los recién casados de hacerse la tradicional fotografía nupcial en mejores condiciones de tranquilidad y desahogo abriendo una puerta directa desde el templo a la plazuela que se crease. Nos encontramos ahora con el pequeño chaflán de una casa sin interés, comprendida entre las calles de Don Ramón de la Cruz y Francisco Silvela. Hemos dado la vuelta completa y, para terminar, vemos una serie de edificios bastante similares: parecen todos de la misma mano, de poco valor estético y donde se aplica con verdadera fruición la Ordenanza del ático con torreones.

Los establecimientos comerciales de las plantas bajas han ido cambiando con el tiempo, pasando del comercio de barrio de hace pocos años al comercio actual de zona de paso y nudo de comunicaciones. En este sentido se aprecia un gran predominio de los bares. La plaza es ahora una verdadera estación de autobuses, y en ella se dan cita innumerables líneas que la atraviesan o que allí tienen su terminar al aire libre. Líneas para los nuevos barrios madrileños del Este—La Elipa, San Blas, Bilbao, etc.—, salida y llegada de los autobuses de las empresas radicadas en las vecinas zonas industriales de Canillejas, Torrejón de Ardoz, Coslada, etc.; todos se dan cita en este importante nudo. Aquí se puede comprobar fácilmente el cambio sufrido en pocos años en la composición sectorial de la población madrileña. Ya no es Madrid una ciudad de funcionarios, "chupatintas" en sentido despectivo, sino que también el sector secundario ha adquirido su importancia: resulta ahora tópico aquello de que en Madrid "ni

se trabaja ni se madruga". Para comprobar que no es así no hay más que asistir personalmente a la animación de los bares de esta plaza en las primeras horas de la mañana, en invierno de noche cerrada, y ver a los madrileños y a las madrileñas desayunando rápidamente su café con leche con churros, pendientes de que no se les escape el autobús que les conducirá a su puesto de trabajo. Esto no sé si es bueno o malo, y si se debe presumir de ello o no. Lo único que quiero decir es que es así.

Al dar la vuelta a la plaza hemos visto todos los elementos fijos de sus aceras. También otros más mudables. Con todos ellos—farolas, quioscos, puestos, etc.—hemos compuesto un plano de información urbanística en el que también se han señalado los comercios de las plantas bajas.

Verdaderamente la desorganización en la situación de todos estos elementos es gran-

de y de ello dan idea las fotografías que acompañan este comentario. Puntualicemos algunos que nos parecen más singulares. El poste donde se aloja el teléfono para la llamada a los taxistas se encuentra precisamente casi en el centro de una escalera de acceso al Metro, donde más molesta. La cosa parece extraña, pero es así. Delante de la casa de Simonet hay una farola descabezada, quiere decirse que está el fuste y ha desaparecido la farola. En el bulvar de la calle Doctor Esquerdo hay un quiosco que podríamos llamar misterioso y cuya utilidad para mí es desconocida, pues siempre lo he visto cerrado...

El estado del pavimento de las aceras es verdaderamente lamentable. Es penoso este abandono y esta desidia. Su influencia sobre los nuevos madrileños que, procedentes de los pulcros pueblos andaluces y manchegos, se han establecido en los barrios



del Este de la ciudad, entendemos que no puede ser más perniciosa. Hemos visto, en las destartadas aceras, además, una serie de modestos industriales. Los unos extienden en el suelo su mercancía de plástico, peines, etc., para ofrecerla a los numerosos viandantes; los otros albergan en sus cestas de mimbre todo el establecimiento, pipas de girasol, regaliz, molinillos de papel... Tampoco faltan los típicos limpiabotas, que tanto asombro producen a los turistas que bajan hacia la "corrida"; ni los vendedores de lotería y de "iguales". Todo tiene gran amenidad y es un espectáculo vivo variable según el día, la fecha y la estación. Ahora abundan los puestos de fresas. Esta plaza es hoy en día, junto con la Puerta del Sol y las Glorietas de Atocha y de los Cuatro Caminos, la de mayor animación de la ciudad.

La plaza es, como decíamos, un importantísimo nudo de comunicaciones, y ahora se proyecta por el Ayuntamiento, ante la congestión creciente, una solución con cruce a distinto nivel de las rondas con Alcalá.

Paseando por las aceras hemos observado las casas, los comercios, los quioscos y puestos... ¿Qué hemos visto del monumento que se levanta en su centro? Poco, ya que es muy difícil verlo. La circulación de las rondas es de tráfico pesado, y se mueven por ellas camiones de gran volumen y tonelaje, que nos lo oculta. Por ello es cierto que es muy difícil contemplar los bellísimos abetos, en trance de próxima desaparición y el monumento. Por si fuera poco ahora han colocado dos grandes carteles publicitarios que impiden, todavía más, la visión. "Contamos contigo", podemos leer. Se nos ocurre pensar que es posible que, para mejorar el nivel de nuestro atletismo, cuenten con alguno de los innumerables lectores que tendrá este anuncio; desde luego, para saltar altura conmigo, no; pero lo que es indudable, se puede asegurar firmemente, es que no se ha contado para nada con el obelisco que en el centro de la plaza se levanta bellísimo. Yo, que soy poco erudito, y que no sé quién es Manuel Berra, lo único que sé de este obelisco es lo que he podido procurarme en un libro

bastante curioso; dice así: "Obelisco de la Castellana (en el paseo del mismo nombre). Fue dirigido por el arquitecto Mariategui, y se compone de un pedestal de granito, sobre el cual se eleva una esbelta aguja estriada, en medio de cuya altura tiene un cubo con artísticos adornos de bronce, y en la cúspide una estrella." Parece, por tanto, que los escudos, esfinges y su conversión en fuente se hiciese al trasladar el obelisco desde la Castellana a su nuevo y actual emplazamiento. Creo que ha llegado el momento de buscarle uno novísimo, ya que la belleza del monumento nos sugiere la conveniencia de situarlo en un lugar con mejores condiciones para su contemplación. ¿Quizá en los vecinos jardines pudiese tener acomodo? No lo sé. Sin embargo, siguiendo el ejemplo del "contamos contigo" podría hacerse una encuesta entre los innumerables madrileños que diariamente cruzan en automóvil la plaza, y entre aquellos que la pasan a pie, en busca de ideas y sugerencias sobre el nuevo emplazamiento que deba darse al obelisco ante la reforma de la plaza que se avecina.



Fotos
F. GOMEZ.